

Sarmiento cuenta sus historias. Manipulación documental y egocentrismo en el registro testimonial de la caída de Rosas

Carlos Hernán Sosa¹

Escribir la historia

“Pero lo repito, esto, y cualquier otra cosa, era inútil; no había enemigo que combatir, y todo se acabó así que nos acercamos por la izquierda y aun antes de acercarnos por la derecha. Ésta fue la Batalla de Caseros para los de casa. La batalla para el público puede leerse en el Boletín núm.26, novela muy interesante que tuvimos el honor de componer entre Mitre y yo, con algunos detalles que a su tiempo vendrán”.²

Ubicado hacia el final de la *Campaña en el Ejército Grande*, el pasaje precedente nos resulta revelador. En primer lugar, asistimos como lectores -y no sin cierta frustración-, al corolario de una de las más importantes campañas militares de la historia argentina del siglo XIX, la batalla de Caseros, que Sarmiento ha narrado desde sus inicios. Nos decepciona la incongruencia -no casual- del tono configurador del relato, de relieves épicos, que literalmente se desploma cuando desde la lógica textual ansiamos un clímax que finalmente nunca llega; puesto que en Caseros “no había enemigo que combatir”.

Por otro lado, la existencia de dos versiones de los hechos: el Boletín-novela y la crónica de la propia *Campaña* introducen definitivamente la suspicacia en el lector respecto de la veracidad de lo que se está leyendo. Qué autoridad asignarle entonces a la *Campaña* como documento histórico cuando, en palabras de Halperín Donghi, “quiere ser a la vez un documento y un alegato”,³ es decir que al mismo tiempo que tiene como propósito “contar con verdad los sucesos”,⁴ no disimula las arbitrariedades que otros fines le exigen. La respuesta a primera vista no parecería favorable.

Sin embargo, consideramos que advertir, como lo ejemplifica el pasaje anterior, el “dominio” textual sobre el lector y la franqueza con que se reconoce la manipulación de lo narrado, -situaciones entre las que el

hecho documentable parece diluirse-, puede resultar un punto de partida reflexivo para arriesgar otras respuestas. Focalizar en las estrategias textuales evidentes en la *Campaña* aportará las premisas necesarias para que, luego de un replanteo teórico que suspende el concepto de “verdad histórica”, y acerca desde la escritura historia y literatura, sea posible no negarle al texto su status de documento histórico, que lejos de brindarnos “la verdad”, nos presenta una versión legítima de los hechos que aborda.

El registro histórico de la Campaña en el Ejército Grande

En febrero de 1852, tras extremarse a un punto insalvable los desacuerdos con Urquiza, por entonces catapultado como nueva autoridad al derrocar a Rosas, Sarmiento parte hacia su segundo exilio, esta vez voluntariamente. Desengañado por los rumbos políticos del país, humillado en su fuero interno por el rol de “colaborador oscuro” que Urquiza le había reservado, Sarmiento da un paso al costado, pero no sin exponer rápidamente los motivos de su disidencia. En Río de Janeiro, escala previa en su viaje a Chile, publica por separado dos entregas argumentando su renuncia. Éstas conformarán posteriormente, con agregados no sustanciales, el corpus de otro libro polémico: la *Campaña en el Ejército Grande Aliado de Sud América*.⁵

Al igual que en el contexto de publicación del *Facundo*, en 1845, en esta oportunidad Sarmiento ha responsabilizado a un personaje (Urquiza), por las trabas en la reorganización nacional, y de nuevo exilio de por medio elige confiadamente, la escritura como arma de combate. La urgencia -la improvisación dirán los más críticos-, también llevó a Sarmiento a terminar con premura la confección del *Facundo*.⁶ Dadas las coincidencias señaladas, resultará útil repasar brevemente en este texto, antecedente importante de la *Campaña* y ejemplo paradigmático de su obra, el modo en que Sarmiento registra y pone en funcionamiento los hechos históricos.

Las disculpas implícitas en la “Advertencia del autor” que abre el *Facundo* sobre “algunas inexactitudes [que] han debido necesariamente escaparse en un trabajo hecho de prisa, lejos del teatro de los acontecimientos, y sobre un asunto sobre el que no se había escrito nada hasta el presente”,⁷ sintetizan algunos de los puntos que condicionaron la escritura. Reflejan la precariedad en cuanto al conocimiento directo de los hechos por narrar, y las fuentes deficientes que se manejan: “un testigo ocular sobre un punto”, “manuscritos formados a la ligera”, “las propias reminiscencias”.⁸

Las 51 escrupulosas notas a “Civilización y barbarie” que Valentín Alsina escribe en forma interrumpida y sin concluir las, entre 1846 y 1850,

desentrañan otros aspectos del manejo de los datos históricos que emplea Sarmiento; e incluso adelantan explicaciones sobre los motivos de muchas “equivocaciones”. No es nuestro propósito pormenorizar las indicaciones de Alsina, y las de otros críticos que se han sumado con el tiempo.⁹ Nos interesa puntualizar, en función de nuestro análisis de la *Campaña*, el modo en que Sarmiento subordina toda utilización del dato histórico al carácter funcional, perlocutivo de sus escritos. Así como Jitrik¹⁰ encuentra en esta fuerza persuasiva del *Facundo* la unificación de la diversidad genérica y de registros que lo caracteriza, consideramos que esta búsqueda de convencimiento es también la conciliadora de la veracidad, la tergiversación, la exageración -que tanto le reprocha Alsina-, la mentira, la ignorancia, el sutil “olvido” históricos de Sarmiento.

Aproximándose a lo que señalamos, Alsina perfilaba a Sarmiento como “propenso a los sistemas”, actitud cuestionable puesto que “éstos, en las ciencias sociales, en las naturales, no son el mejor medio de arribar al descubrimiento de la verdad, ni al recto examen, ni a la veraz exposición de ellas”.¹¹ Un claro ejemplo de las adaptaciones del hecho histórico al sistema expositivo de sus ideas, es la caracterización que hace de Córdoba: necesariamente bárbara frente a la luminaria Buenos Aires, reticente en consecuencia a los progresos que presupuso la portuaria revolución emancipadora. Luego de una defensa del papel revolucionario de Córdoba, detallando numerosos ejemplos que la dignifican, Alsina concluirá en la nota 10: “Crea usted que este aserto me habría asombrado si no viera en él el efecto de los sistemas. Era necesario en su plan deprimir a la doctoral y clerical Córdoba”.¹²

La carta de respuesta a Alsina, incluida luego en el *Facundo*, y la consideración de las notas en las ediciones posteriores del texto, muestran la relativa importancia que Sarmiento dio a estos tempranos cuestionamientos.¹³

Si en el *Facundo*, la distancia, la escasez y calidad de las fuentes, y la arbitrariedad -o mejor dicho el carácter deliberado- en el manejo de los datos históricos, se refuncionalizaban bajo el dominio de la fuerza persuasiva de un discurso, que atacaba y programaba -vía Quiroga- la caída de Rosas; en la *Campaña*, hay una curiosa inversión de dichos determinantes de la escritura histórica, que se aúnan asimismo desde lo textual presagiando el fin de Urquiza. La inversión a la que aludimos tiene que ver con un aparente aprendizaje de la lección de Alsina, para quien “forzoso es no separarse en un ápice -en cuanto sea posible- de la exactitud y rigidez histórica”.¹⁴

Significativamente, antes de iniciar la escritura de la *Campaña*, Sarmiento nos acerca en el “Ad-memorandum” un conjunto de

documentos, que tienen como propósito presentar los hechos “per se”. “Inmune” a las posibles manipulaciones del Teniente Coronel Sarmiento, asistimos entonces como lectores a una campaña que se narra “objetivamente” desde el documento probatorio. Además, al iniciarse la segunda parte del texto, luego de la insidiosa dedicatoria al “querido Alberdi”, Sarmiento va a remarcar esta vez su posición privilegiada como testigo de los hechos por narrar. Aun cuando es consciente de posibles inconveniencias, ya que “como todos los escritos que emanan de reminiscencias individuales, se resentirán de su origen. Yo vi, yo oí, yo hice”,¹⁵ ya no abandonará en el texto la autoridad de esta posición, que será el eje de sus argumentaciones. La disposición de los documentos y las intromisiones del “yo narrativo”, funcionan entonces como estrategias conductoras de la narración de la *Campaña*, y regirán la significación total de los elementos involucrados.

El “Ad-memorandum” y su validación documental de la Campaña

Es lo que va un laberinto de fragmentos, en que puede extraviarse el juicio; pero yo tengo el hilo de Ariadne, y lo pondré a disposición de todos.

Campaña en el Ejército Grande

El “Ad-memorandum” está constituido por un conjunto variado de textos: cartas escritas por Sarmiento (fundamentalmente a Elías, secretario de Urquiza); cartas dirigidas a él (por Urquiza, Albarracín, Paz, Aberastain, Rawson, Tejedor); fragmentos de *Argirópolis*, extractos de diarios (*La Crónica*, *Sud América*); fragmentos de decretos provinciales contra la labor del “salvaje Sarmiento”; una representación a los gobiernos de la Confederación, reproduciendo el Pacto Federal de 1831; el parte dirigido a Rosas, en que se realiza el inventario de la maleta sustraída a Sarmiento dos días antes de Caseros; la renuncia de Sarmiento ante Urquiza. Dos órdenes organizan la heterogeneidad del material. El más evidente, el cronológico, tiene una funcionalidad estructural. El segundo, de alcances semánticos, es el más relevante y confecciona una lógica interna entre la variedad de textos, asignándoles una significación global.

El “Ad-memorandum” es esencialmente la versión documentada y condensada de los aspectos más importantes de la campaña junto a Urquiza. Entre la carta al general Santos Ramírez (Santiago, mayo 26 de 1848) en la que Sarmiento adelanta: “Yo me apresto, General, para entrar en campaña”;¹⁶ y su dimisión ante Urquiza (Buenos Aires, febrero 23 de 1852) se intercalan una serie de documentos probatorios, que en su

conjunto cifran el origen de una esperanza y el áspero camino de su desintegración.

La selección y la disposición de los materiales denotan la pericia de Sarmiento en el manejo informativo. La reconstrucción de la vida política durante los años anteriores a Caseros, y el papel que como forjadores de la campaña tuvieron Sarmiento y Urquiza, parecerían sintetizar los propósitos de la selección documental. Los prejuicios del sistema impositivo a raíz de las aduanas internas, el papel de los intereses económicos ingleses en el país, el crecimiento del apoyo a Urquiza en las provincias paralelo al aislamiento de Rosas, y el trabajo paciente de un conjunto de hombres que, mediante la prensa y el epistolario discuten y proyectan la organización nacional, caracterizarían grosso modo el contexto histórico previo a Caseros.

En cuanto a los protagonistas, los documentos indican a Sarmiento como el principal promotor de la campaña, especialmente desde su labor de periodista. Sarmiento “se autoantologa” entonces en su importancia, elige pasajes de *Argirópolis*, selecciona fragmentos de los diarios que dirigió en Chile, como certificación de su meritorio accionar. Frente a él la figura de Urquiza pierde peso, se lo muestra contradictorio, ignorante y soberbio. Cuando todos consagran en él sus expectativas: Rawson, Sarratea, Albarracín, el propio Sarmiento, es esta figura privilegiada la que “desciende” para pedir la ayuda de Sarmiento. Los documentos registran puntualmente los motivos: prestigio al sanjuanino el estar en la campaña antirosista desde hace tiempo “combatiendo con sus escritos al tirano de nuestra patria”.¹⁷

Precisamente, este último reconocimiento por parte de Urquiza, será el inicio del camino a la fractura. Dos páginas más adelante, cuando ya Sarmiento ha sido debidamente armado para la ocasión, con la espada de Batlle y las espuelas cedidas por el hermano del general Lavalle, Urquiza cae en la contradicción y su figura se desmorona. A través de Elías le remite a Sarmiento:

*Su Exc. el Sr. General ha leído la carta que ayer le ha escrito usted, y me encarga le diga respecto a los prodigios que dice V. que hace la imprenta asustando al enemigo, “que hace muchos años que las prensas chillan en Chile y en otras partes, y que hasta ahora D. Juan Manuel de Rosas no se ha asustado; que antes al contrario cada día estaba más fuerte”.*¹⁸

Sarmiento reconoce el insulto, en la carta siguiente recoge el guante y contesta

Las armas que combaten a Rosas son invencibles; pero también es cierto que la opinión lo ha abandonado, y alguna parte, por pequeña que sea, debe concedérsele a los que han tenido el coraje de combatir su poder diez años y demostrar su inmoralidad y su impotencia, y yo no acepto la negación de la parte que me toca en ella, porque aceptarla sería desesperar del porvenir de mi patria y anularme.¹⁹

La brecha abierta concluye con la renuncia de Sarmiento en la página siguiente.

Hábil en sus manejos, Sarmiento nos ha retratado ya la campaña toda. Ha caracterizado el escenario, ha pintado con rasgos decisivos a los protagonistas: Urquiza lo ha convocado por sus méritos, él ha venido y se ha visto desestimado, burlado, y en un acto de grandeza y de sacrificio decide retirarse, para no compartir las culpas de las calamidades que se avecinan. Sin escribir una línea y con la sola cautela de quien arma un rompecabezas con los documentos, Sarmiento ha simplificado y canalizado en el lector sus posibilidades de significación. La narración “per se” de los documentos, “los hechos históricos” nos coaccionan como intérpretes, nos han impuesto una exégesis de los elementos implicados perfectamente graduada e involuntaria.

El “Ad-memorandum”, con todas las restricciones que como presentación necesariamente impone, es el andamiaje ideal para ahora sí cederle la palabra al narrador del “Complemento”, a quien “habiendo ido a tocar de cerca a aquel hombre [Urquiza] y amasado en parte el barro de los acontecimientos históricos”, retorna para “explicar las causas del descalabro que ese hombre ha experimentado”.²⁰

Las intromisiones de “Don Yo”

“Yo he nacido en 1811, el noveno mes después del 25 de mayo.”

Recuerdos de Provincia

La crítica ha señalado con frecuencia el papel relevante que desempeña como construcción discursiva el “yo narrativo” sarmientino.²¹ Esta peculiaridad de matriz netamente romántica, jugará un rol decisivo en la representación de los hechos históricos. Anticipando conclusiones diremos que, antes de desestimarlo como posible distorsionador de la “verdad histórica”, el egotismo de Sarmiento debe interpretarse provechosamente como un organizador textual de la *Campaña*. A modo de un sutil tamiz, el “yo narrativo” a la vez que selecciona, jerarquiza y significa los hechos y personajes involucrados en su relato, nos dejará en el

“Complemento” la versión narrativa del bosquejo esencial, que en forma “neutra y objetiva”, se había delineado ya en la versión documental del “Ad-memorandum”.

Ana María Barrenechea subraya, a propósito de un pasaje de la *Campaña*, la necesidad de destacar:

*“ (...) lo que Sarmiento quiso siempre destacar y destacó en todas sus manifestaciones autobiográficas como una constante reveladora de su personalidad: que su capacidad de acción concreta estaba sustentada siempre por su capacidad de observar, meditar sobre lo observado y volcar en un discurso coherente sus conclusiones como un programa para la acción: observar-pensar-escribir-luchar.”*²²

Esta concatenación de hechos que intenta establecer nexos entre acción y escritura, puede recuperarse en su totalidad desmembrando el proceso escriturario de la *Campaña*. En Sarmiento, la observación de la circunstancia histórica no puede escindirse de la mirada sobre sí mismo. Mirar, interpretar y relatar la historia, implica verse, comprenderse y narrarse en dicho escenario, confiar en “la intuición de la propia vida como vida histórica, del sentimiento de que el yo y la patria son una misma criatura espiritual”.²³

Además, así como se delega dicho protagonismo -en tanto sujeto histórico de concepción romántica-, impone en términos cercanos un carácter participativo para el historiador frente a su objeto de análisis. Respecto de este último, el epígrafe de Villemain que abre *Facundo* -una de sus “obras históricas”-, nos aclara: “Yo pido al historiador el amor a la humanidad o a la libertad; su justicia imparcial no debe ser impasible. Es necesario, al contrario, que desee, que espere, que sufra o sea feliz con lo que narra”.²⁴ Doblemente protagonista entonces, implicado desde su rol de actor privilegiado en un acontecimiento histórico en el que se dirime el destino del país, y a su vez cronista de semejante coyuntura nacional, Sarmiento no se amedrenta ante el sobrepeso de tantas prerrogativas. Por el contrario, dicho posicionamiento del narrador acabará por imprimir en la *Campaña* un carácter definitivamente épico. Hayden White ha analizado la importancia del carácter tropológico de la narración, como modalidad estructural que genera las significaciones globales del texto historiográfico, “en tanto es la elección del tipo de relato y su imposición a los acontecimientos lo que dota de significado a éstos”.²⁵ Antes que una lectura ortodoxa de estos aportes teóricos,²⁶ nos guían en esta oportunidad las sugerentes hipótesis generales de la obra de White. A partir de éstas reconocemos la necesidad de encuadrar un análisis de la *Campaña* en la

doble articulación formal de una epopeya de carácter nacional y una épica absolutamente personal, heroicamente vivida por su narrador.

Las dos épicas de la Campaña

El carácter épico nacional de la campaña contra Rosas, es un tono general que por momentos tiende a desaparecer, debido a la supremacía omnipresente del “yo narrativo”. Aun así, la *Campaña* despunta en algunos momentos, especialmente luego de que las tropas comienzan a reorganizarse en el país, con el protagonismo multitudinario de un ejército liberador, que luchará por imponer las bases del bien común, a partir de la caída de Rosas. Una serie de recursos apuntalan esta configuración: la folletinesca graduación informativa,²⁷ que detalla los sucesos día a día desde el 16 de enero, hasta la entrada triunfal en Palermo el 4 de febrero, racionando con ello las expectativas del lector; la presencia textual de una confianza plena en alcanzar los objetivos, y el consecuente avance infalible en una sucesión continua de victorias en los enfrentamientos rumbo a Buenos Aires.

Contribuye también la dimensión heroica de algunos pasajes, como aquél que registra el paso “cesáreo” del Arroyo del Medio: “Pasa el ejército el Rubicón. Henos aquí en la campaña de Buenos Aires”.²⁸ En última instancia, la *Campaña* con su carácter heroico, viene a resultar el capítulo final del discurso combativo de la intelectualidad argentina contemporánea, cuyas páginas disonantes: el *Dogma Socialista* de Echeverría, las *Bases* de Alberdi, *Facundo* y *Argirópolis* del propio Sarmiento, entre otros distinguidos capítulos, se aunaban en la búsqueda de derrotar a Rosas, en tanto obstáculo de sus caracteres programáticos. A la *Campaña* le tocó por azar, el ambiguo privilegio de narrar la caída del dictador y preanunciar la magnitud de un vacío que la impericia política del momento no estaba en condiciones de ocupar.

A su vez, y estableciendo soportes recíprocos, la épica personal de Sarmiento se inicia con la pose del estafado en su buena fe, que acude presuroso a brindar servicios que luego no estarán a la altura de su condición. Sarmiento combatirá entonces no tanto a Rosas, como a los dos frentes que su campaña particular le ha impuesto. Por un lado instaura un duelo decisivo contra Urquiza; por otro, brega contra la barbarie general del ejército. Demás está decirlo, saldrá victorioso de ambos flancos.

El caudillo entrerriano será un contrincante permanente, que no resistirá los embates textuales del “gaucho malo de la prensa”. No quedará aspecto de su integridad que no sufra secuelas. El primer retrato de Urquiza que nos brinda es un poema a la mediocridad: “Nada hay en su aspecto que revele un hombre dotado de cualidades ninguna, ni buenas ni malas, sin

elevación moral como sin bajeza”.²⁹ Tan bárbaro como Quiroga, pero menos admirable que éste, Urquiza carga con el estigma del caudillismo y todo lo deplorable que esto supone desde la visión sarmientina.

El “Complemento” es un interminable acopio de defectos, equivocaciones y desplantes del “bárbaro” Urquiza; un amplio espectro en el que se cuestiona desde la liviandad con que maneja su vida privada, hasta su incapacidad de gobierno. Gracias a la estrategia narrativa que crea una ilusión, en la que el tiempo del enunciado y el de la enunciación coinciden, Sarmiento relata los hechos “prácticamente” en el momento en que éstos suceden. La actitud de nuestro protagonista es entonces la de un visionario: no ha necesitado convivir unas semanas para reparar en la “barbarie” de Urquiza; por el contrario, la ha percibido en Montevideo sin haberlo visto siquiera, con sólo escuchar acerca de los desplantes “bárbaros” del general. Por supuesto, el poco trato que luego tendrán confirmará con creces sus primeras impresiones “in absentia”.

También las críticas a la situación del Ejército Aliado: la falta de escalafón y de un Estado Mayor, la inexistencia de un hospital de campaña, el desconocimiento de estrategias y tácticas militares, la falta de un equipo de guerra, la ignorancia y la burla respecto del papel de la imprenta, sus boletines y el boletínero Sarmiento claro está, no son más que cuestionamientos, metonimia mediante, a la labor conductora de Urquiza. Visualizando oportunamente desde la contraposición civilización-barbarie, nuestro autor se decepciona: tras Caseros la situación del país no ha cambiado sustancialmente; Urquiza desde su “barbarie” no podrá fomentar los cambios estructurales que Argentina precisa. Con otros ropajes es Rosas aún el que sigue gobernando.

A partir del repertorio de desprestigios contra el mediocre conquistador de una mediocre batalla, la estrategia textual del visionario y la negativa evaluación general de la campaña y sus resultados, la figura de Sarmiento cobra un perfil casi insuperable; al punto que una vez finalizada la campaña militar será, hiperbólica y megalomaniáticamente, un rival temible en la repartición de méritos:

Por las tardes iba a Palermo y las gentes que solicitaban ver al General, después preguntaban por mí y aun al mismo General, y no era raro que se reuniesen en torno mío un grupo igual de gentes que las que rodeaban al General.³⁰

“El exhibicionismo, al que Sarmiento ya nos tiene acostumbrados, es en esta ocasión el gesto triunfal de quien amparado en su propia palabra, que el documento estratégicamente perpetúa, se prepara para “la fuga”; con la que pondrá “punto final a aquel alegato de bien probado que había principiado con la carta

al general Ramírez, en 1848: ‘¡Yo me apresto, General, para entrar en campaña!’. Había cumplido la tarea”.³¹

Consideraciones finales

Las estrategias textuales hasta aquí estudiadas pueden ser percibidas, en las antípodas de lo que pretendemos, como pruebas incriminatorias de la invalidez documental de la *Campaña*. La manera casi grosera con que el texto deja entrever los hilos que la sostienen, despertaron ya las críticas de un lector contemporáneo como Alberdi. Defensor no tanto de Urquiza como del carácter transicional de su figura política, Alberdi en las *Cartas quillotanas* hizo gala de su exquisita prosa de jurista para concluir respecto de la *Campaña*: “Su *Campaña* es un libelo de acusación, no un testimonio histórico”.³² Lúcido analista, el recientemente nombrado funcionario de Urquiza ante Chile, argumentará que “su *Campaña* muestra que usted habla por heridas abiertas a su ambición o a su amor propio”.³³ Demasiado implicado en los hechos que critica, la perspicacia de Alberdi no podrá evitar sin embargo cierta miopía, sobre la que Adolfo Prieto se ha ocupado en detalle.³⁴

Tras un pronunciado salto temporal, las consideraciones críticas de Halperín Donghi, no se alejan demasiado de lo expuesto por Alberdi:

*“Lo que falta en la Campaña es precisamente esa clara imagen de lo que en la Argentina está ocurriendo; por eso la narración que debería ser reveladora de todo un segmento de historia nacional se detiene con demasiada frecuencia y demasiado morosamente en la evocación de los agravios sufridos por el narrador [...] y si las observaciones no son siempre literalmente inexactas, si no dan siempre lejanas del blanco, el conjunto parece tener algo de superficial y de extrañamente ajeno al asunto.”*³⁵

Por una limitación cronológica en el caso de Alberdi, quizás por ciertos prejuicios en Halperín Donghi, ambos no avanzan más allá de la crítica a las estrategias definitivamente literarias de un texto que, leído hoy a la luz de los hechos históricos que lo sucedieron, asombra por la exactitud casi profética de lo narrado. Junto a las arbitrariedades del orgullo herido, Sarmiento mantiene también una coherencia incuestionable respecto del programa político que sostenía en el *Facundo*, y que aún resuena claramente en la *Campaña* sin posibilidades de aplicación. Con esa anticipación histórica privativa de algunos textos literarios, ya en 1852 el recelo de la *Campaña* denunciaba la endeblez de los cambios políticos y presagiaba el conflicto inminente en la vida política argentina, situaciones

que luego tomarían forma con la Confederación, Cepeda y Pavón. Efectivamente la caída de Rosas no lo solucionaría todo, y la organización nacional atravesaría varios frentes conflictivos antes de arribar al 80.

Si el giro lingüístico³⁶ acabó con la pretendida objetividad del discurso histórico, en tanto que “el lenguaje dejó de ser concebido como un medio más o menos transparente para representar una realidad ‘objetiva’ externa al mismo”,³⁷ resulta vano sostener todavía un ataque al carácter literario de la *Campaña*. Pues como bien lo ha expuesto Hayden White: “ello supondría la negación de que la literatura y la poesía tengan algo válido que enseñarnos sobre la realidad”.³⁸

En tal sentido, abordar el carácter literario de un documento como la *Campaña* resulta útil para lo que Sarlo llama “el saber preguntar a la literatura”, partiendo de la convicción previa de que “la literatura no podría ser tratada como representación con palabras de una realidad exterior, sino como construcción que forma parte de esa realidad, que trabaja con ella, que la altera en un sentido que jamás es arbitrario”.³⁹ Las estrategias discursivas de la *Campaña* son la evidencia de esa operación con la realidad que Sarmiento realiza. En su relato se acerca a la labor del historiador, en el sentido que literalmente crea su objeto de análisis, mediante la elección y disposición de los documentos, la caracterización de los personajes y la significación global que les asigna. Aún más, al ser él mismo actor de los sucesos, se recrea en su narración como sujeto protagonista. El modo en que objeto y sujeto se generan en la propia trama textual, es el punto central y previo, a partir del cual debería emprenderse una valoración documental de la *Campaña*. En tanto obra de marcados recursos literarios:

*“ (...) el historiador no debe leerla sólo como depósito de contenidos e informaciones. Éstos pueden ser tanto o más valiosos si se los busca en el cruce entre estrategias textuales, funcionamiento institucional (relación con el público, con los intelectuales, con la esfera pública, con la política) y soluciones estéticas.”*⁴⁰

Sin pretensiones de instituir una sacra verdad de los hechos, el relato de Sarmiento se presenta al historiador como un desafío ya que, como lo ha expuesto Foucault: “la historia ha cambiado de posición respecto del documento, se atribuye como tarea primordial, no el interpretarlo, ni tampoco determinar si es veraz y cuál será su valor expresivo, sino trabajarlo desde el interior y elaborarlo”.⁴¹

Lo que antecede es un bosquejo, desde el aporte imprescindible del análisis discursivo y literario, para iniciar este trabajo con la *Campaña*, documento que ejemplifica ampliamente el complejo camino de los hechos

a la escritura, en el que una vez anuladas las certezas, todo se doblaba a los designios de la mera significación.

Notas

1- Universidad Nacional de La Plata

² Sarmiento, Domingo Faustino, *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud América*, edición, prólogo y notas de Tulio Halperín Donghi, Bernal, UNQ, 1997, p. 218.

³ Halperín Donghi, Tulio, “Prólogo”, en Sarmiento, Domingo Faustino, *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud América*, Op. Cit., p. 44.

⁴ Sarmiento, D. F., Op. Cit., p. 305.

⁵ Para más datos puede consultarse la “Nota a la presente edición” de Halperín Donghi, en Sarmiento, D. F., Op. Cit., pp. 55-6. Evitamos deliberadamente una compulsión de las tres primeras ediciones, puesto que superaría los propósitos más modestos del presente trabajo. Seguimos entonces el texto fijado por Tulio Halperín Donghi.

⁶ Considerando las evidencias textuales de la urgencia, queda al margen el debate sobre el momento inicial de la escritura del *Facundo*. Es decir: si Sarmiento ya tenía el texto concluido cuando Baldomero García, ministro de Rosas, llegó a Santiago en 1845 con las instrucciones de “silenciar” los estruendos que la labor periodística del sanjuanino venía produciendo en contra del régimen rosista, y fue entonces la excusa que el autor esperaba para la publicación; o si la llegada de García motivó en realidad la escritura del folletín que rápidamente publicó *El Progreso*.

⁷ Sarmiento, D. F., *Facundo*, Bs. As., CEAL, 1992, p. 5.

⁸ *Ibidem*. En su autobiografía Sarmiento consignará en el mismo sentido: **Civilización y barbarie**: escribí este libro que debía ser trabajo meditado y enriquecido de datos y documentos históricos, con el fin de hacer conocer en Chile la política de Rosas. Cada página revela la precipitación con que está escrita, dándose originales a medida que se imprimía, y habiéndose perdido manuscrito que no pude reemplazar”. (*Recuerdos de provincia*, Bs. As., CEAL, 1979, p. 218).

⁹ Consúltese al respecto: Lacay, Celina, “*Facundo* y la realidad histórica” en su libro *Sarmiento y la formación de la ideología de la clase dominante*, Bs. As., Puntosur, 1988; y Sorensen, Diana “El *Facundo* y los parámetros de la escritura histórica” en su libro *El Facundo y la construcción de la cultura argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1998.

¹⁰ Jitrik, Noé, *Muerte y resurrección de Facundo*, Bs. As., CEAL, 1982.

¹¹ Alsina, Valentín, “Notas a Civilización y Barbarie”, incluidas como “Apéndice” en la edición de *Facundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. 256.

¹² Alsina, Valentín, Op. Cit., p. 261. Entre los muchos ejemplos posibles, uno por demás evidente en *Facundo*, es la civilización “in subito” de Quiroga ni bien pisa la culta y civilizadora Buenos Aires: adopta cambios en su forma de vestir, se muestra defensor de la justicia, envía a sus hijos a la escuela, etc. Situación que alcanza ciertos rasgos caricaturescos por la brusquedad inverosímil del cambio, que el sistema interpretativo de Sarmiento le impone.

¹³ Para un estudio de las enmiendas véase: Palcos, Alberto “Prólogo” a su edición crítica del *Facundo*, La Plata, UNLP, 1938; Ara, Guillermo, “Las ediciones del *Facundo*”, en *Revista Iberoamericana*, 23, Pittsburgh, 1958, y el análisis inicial de Elizabeths Garrels en “El *Facundo* como folletín”, en *Revista Iberoamericana*, 143, Pittsburgh, 1988.

¹⁴ Alsina, Valentín, Op. Cit., p. 255. Guiado por esta certeza, además de su “memoria” sobre los hechos en los que tuvo participación directa, Alsina cita permanentemente en sus “correcciones”, -con una actitud casi didáctica-, sus fuentes escritas: el Registro Oficial, los diarios de la época, las *Memorias* de Lamadrid, sus *Apuntes biográficos*, los propios *Recuerdos*

de *Provincia* de Sarmiento. Las consideraciones de Alsina resultan interesantes, precisamente por este “monitoreo” en la lectura del *Facundo*. Palcos ha esbozado críticamente esta actitud, al considerar que la labor de Alsina en las notas “arranca del concepto, a todas luces erróneo, de que Sarmiento se propone escribir exclusivamente una obra histórica” (Palcos, A., Op. Cit., p. XVIII). Para analizar la parcialidad de Alsina en su lectura “unitaria”, “provincialista” y “oficial” de la obra, véase Sorensen, Diana, Op. Cit., pp. 71-86.

¹⁵ Sarmiento, Domingo Faustino, *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud América*, Op. Cit., p. 119.

¹⁶ Sarmiento, D. F., Op. Cit., p. 60.

¹⁷ Sarmiento, D. F., Op. Cit., p. 95.

¹⁸ Sarmiento, D. F., Op. Cit., p. 97.

¹⁹ Sarmiento, D. F., Op. Cit., p. 98.

²⁰ Sarmiento, D. F., Op. Cit., p. 117.

²¹ De la abundante bibliografía al respecto puede consultarse: Alberdi, Juan Bautista, “*Facundo* y su biógrafo”, en sus *Escritos póstumos*, Bs. As., Imp. de Alberto Monkes, 1879; Barrenechea, Ana María, “Sobre la modalidad autobiográfica en Sarmiento”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIX, México, 1980; Prieto, Adolfo, *La literatura autobiográfica argentina*, Bs. As., CEAL, 1982; Molloy, Silvia “Sarmiento lector de sí mismo en *Recuerdos de Provincia*”, en *Revista Iberoamericana*, 143, Pittsburgh, 1988; Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, “Una vida ejemplar: las estrategia de *Recuerdos de provincia*” en sus *Ensayos argentinos. De Sarmiento a las vanguardias*, Bs. As., Ariel, 1997.

²² Barrenechea, Ana María, Op. Cit., p. 513.

²³ Anderson Imbert, Enrique “El historicismo de Sarmiento”, en *Cuadernos Americanos*, XXIII, 5, México, 1945, p. 159. Sobre la visión sarmientina de la historia: Tri, Segundo “Las ideas históricas de sarmiento”, en *Humanidades*, XXXVII, 1961.

²⁴ Sarmiento, D. F., *Facundo*, Op. Cit., p. 7.

²⁵ White Hayden, *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992, p. 61.

²⁶ Empezar el análisis de la campaña ciñendonos a la metodología que White elabora es una empresa a la que no aspiramos. Una simple clasificación trológica de la obra de Sarmiento amojonaría su estudio posterior, y obviaría los cuestionamientos que ha recibido este aspecto estructuralista de los trabajos de White. Para una revisión de este aspecto metodológico puede consultarse el capítulo “Tropos, metatropos y absurdismo”, en Palti, Elías José, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Bernal, UNQ, 1998.

²⁷ Respecto del conocimiento y la utilización de las técnicas del folletín en Sarmiento, véase Garrels, Elizabeths “El *Facundo* como folletín”, Op. Cit.

²⁸ Sarmiento, D. F., *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud América*, Op. Cit., p. 196.

²⁹ Sarmiento, D. F., Op. Cit., p. 142.

³⁰ Sarmiento, D. F., Op. Cit., p. 227.

³¹ Sarmiento, D. F., Op. Cit., p. 222.

³² Alberdi, Juan Bautista, *Cartas quillotanas*, Bs. As., Claridad, 1932, p. 26.

³³ Alberdi, Juan Bautista, Op. Cit., p. 27

³⁴ El estudio sumamente esclarecedor de Adolfo Prieto, sobre el enfrentamiento epistolar entre Sarmiento y Alberdi, puede leerse en su trabajo “*Las Ciento y una*. El escritor como mito político”, en *Revista Iberoamericana*, 143, Pittsburgh, 1988. Un análisis tendencioso de la polémica, a favor de Alberdi, es el que realiza Graciela Mantarás en el artículo “La polémica entre Sarmiento y Alberdi (1852-1853)”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 320-1, Madrid, 1977.

³⁵ Halperín Donghi, Tulio, “Prólogo”, Op. Cit., p. 46.

³⁶ Desde mediados del siglo XX las ciencias humanas comparten la definición y la discusión teóricas del llamado “giro lingüístico”. La crítica literaria, la historia, la antropología, etc. convergen en un problema nodal: el descubrimiento de un conflictivo punto de intersección en la utilización común del lenguaje, y la conclusión casi borgeana de que, en el caso particular de la historia por ejemplo, poseemos solamente un conjunto de textos que, peor aún, opacan cualquier pretensión de objetividad bajo la posible sombra de las versiones. Una introducción a estas discusiones teóricas es la que presenta Palti en su trabajo ya citado.

³⁷ Palti, José Elías, Op. Cit., p. 20.

³⁸ White, Hayden, Op. Cit., p. 62.

³⁹ Sarlo, Beatriz, “Literatura e Historia”, en *Boletín de Historia Social Europea*, n°3, La Plata, UNLP, 1991, p. 34.

⁴⁰ Sarlo, B., Op. Cit., p. 33.

⁴¹ Foucault, Michel, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1988, pp. 9-10.

Bibliografía:

_ Anderson Imbert, Enrique, “El historicismo de Sarmiento”, en *Cuadernos Americanos*, XXIII, 5, México, 1945, pp. 158-177.

_ Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, “Una vida ejemplar: la estrategia de *Recuerdos de provincia*”, en *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a las vanguardias*, Bs. As., Ariel, pp.103-160.

_ Alberdi, Juan Bautista, “Facundo y su biógrafo”, en *Escritos póstumos*, Bs. As., Imp. De Alberto Monkes, 1879, pp. 273-383.

_ Alberdi, Juan Bautista, *Cartas quillotanas*, Bs. As., Claridad, 1932.

_ Alsina, Valentín, “Notas a *Civilización y Barbarie*”, en Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, pp. 255-304.

_ Ara, Guillermo, “Las ediciones del *Facundo*”, en *Revista Iberoamericana*, 23, Pittsburgh, 1958, pp. 375-94.

_ Barrenechea, Ana María, “Sobre la modalidad autobiográfica en Sarmiento”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIX, México, 1980, pp. 509-19.

_ Foucault, Michel, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1988.

_ Garrels, Elizabeth, “El *Facundo* como folletín”, en *Revista Iberoamericana*, 143, Pittsburgh, 1988. pp. 419-47.

_ Halperín Donghi, Tulio, “Prólogo”, en Sarmiento, Domingo Faustino, *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud América*, Bernal, UNQ, 1997, pp. 9-53.

_ Jitrik, Noé, “El *Facundo*: la gran riqueza de la pobreza”, en Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, pp. IX-LII.

_ Jitrik, Noé, *Muerte y resurrección de Facundo*, Bs. As., CEAL, 1982.

_ Lacay, Celina, *Sarmiento y la construcción de la ideología de la clase dominante*, Bs. As., Puntosur, 1988.

_ Mantarás, Graciela, “La polémica entre Sarmiento y Alberdi (1852-1853)”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 320-1, Madrid, 1977, pp. 428-45.

_ Molloy, Silvia, “Sarmiento, lector de sí mismo en *Recuerdos de Provincia*”, en *Revista Iberoamericana*, 143, Pittsburgh, 1988, pp. 407-18.

_ Palcos, Alberto, “Prólogo”, en Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo*, edición crítica y documentada, La Plata, UNLP, 1938, pp. XIII-XXIV.

- _ Palti, José Elías, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Bernal, UNQ, 1998.
- _ Prieto, Adolfo, *La literatura autobiográfica argentina*, Bs. As., CEAL, 1982.
- _ Prieto, Adolfo, “Las Ciento y una. El escritor como mito político”, en *Revista Iberoamericana*, 143, Pittsburgh, 1988, pp. 477-89.
- _ Sarlo, Beatriz, “Literatura e Historia”, en *Boletín de Historia Social Europea*, n° 3, La Plata, UNLP, 1991, pp. 25-36.
- _ Sarmiento, Domingo Faustino, *Las Ciento y una*, Bs. As., "La Cultura Argentina", 1916.
- _ Sarmiento, Domingo Faustino, *Recuerdos de provincia*, Bs. As., CEAL, 1979.
- _ Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo*, Bs. As., CEAL, 1992.
- _ Sarmiento, Domingo Faustino, *Campaña en el Ejército Grande aliado de Sud América*, Bernal, UNQ, 1997.
- _ Svampa, Maristella, *El dilema argentino: Civilización o Barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Bs. As., El cielo por asalto, 1994.
- _ Tri, Segundo, “Las ideas históricas de Sarmiento”, en *Humanidades*, XXXVII, La Plata, UNLP, 1961, pp. 301-11.
- _ White, Hyden, *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992.